

REVISTA

# PIEZAS

en diálogo filosofía y ciencias humanas



## **SOBRE LA DESOBEDIENCIA CIVIL Y OTROS ESCRITOS**

**Martin Buber**

## **LA DISRUPCIÓN DE LO COMUNITARIO EN CHERÁN**

**Rafael Rivadeneyra Fentanes**

## **ACULTURACIÓN, MIGRACIÓN Y SALUD MENTAL**

**Oscar Valencia Magallón**

**Reseña**

## **JESÚS MOSTERÍN: EL TRIUNFO DE LA COMPASIÓN NUESTRA RELACIÓN CON OTROS ANIMALES**

## **ENTREVISTA: Paulette Dieterlen Struck**

**Héctor D. León Jiménez**

# ÍNDICE

EDITORIAL 2

CARTA SOLIDARIA 3

## ENTREVISTA

PAULETTE DIETERLEN: *filosofar desde la pobreza* 6



## ESCENARIOS

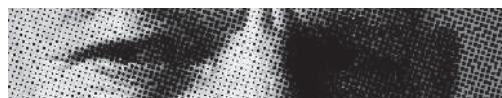
Sobre la desobediencia civil y otros textos 18  
*Martin Buber*



Desprecio, potencial normativo y progreso moral 23  
*Jaime Torres Guillén*



Ser y dignidad de la persona. Autoposeción y entrega 33  
*Luis Armando Aguilar Sahagún*



Aculturación, migración y salud mental 47  
*Oscar Valencia Magallón*



## POEMA

Cada hora que pasa no pasa sobre ti 58  
*Raúl Bañuelos Salcedo*



## ENSAYOS

La disrupción de lo comunitario en Cherán 59  
*Rafael Rivadeneyra Fentanes*



El vacío signico. Las condiciones del análisis semiótico o el lugar del signo ausente en la semiótica 65

*Héctor Sevilla Gódinez*



Educación y capacidades: Desideologizar el concepto de desarrollo humano 74

*Héctor David León Jiménez*



La violencia simbólica en la cultura política 82  
*Luis Felipe Reyes Magaña*

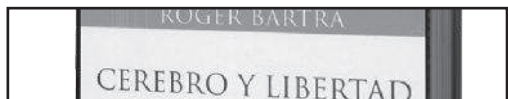


## RESEÑAS

Jesús Mosterín; *El triunfo de la compasión. Nuestra relación con otros animales.* 90  
*Hilda Nely Lucano Ramírez*



Roger Bartra; *Cerebro y libertad. Ensayo sobre la moral, el juego y el determinismo.* 93  
*Luis Fernando Suárez Cázares*



# EL VACÍO SÍGNICO. LAS CONDICIONES DEL ANÁLISIS SEMIÓTICO O EL LUGAR DEL SIGNO AUSENTE EN LA SEMIÓTICA

HÉCTOR SEVILLA GODÍNEZ\*

Resumen: El artículo presenta una reflexión sobre lo inherente de la semiótica al lenguaje, tanto en la interpretación del signo, la producción del mismo y el signo como tal. Bajo la concepción de la mutabilidad de la semiótica misma, la condición cultural de la semiótica y las múltiples facetas de la interpretación, se propone al vacío signico como condición del ejercicio simbolizante y, por tanto, del posterior análisis semiótico. Se advierten, igualmente, las consecuencias de la mutación de las estructuras significantes a partir de la ausencia de significado.

Palabras clave: Vacío signico, inmanencia, semiótica.

\*Héctor Sevilla Godínez es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Asociación Filosófica de México. Doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana y Doctor en Ciencias del Desarrollo Humano por la Universidad del Valle de Atemajac. Profesor e Investigador de tiempo completo en el posgrado de la Universidad del Valle de México, campus Guadalajara Sur.

## Las múltiples facetas de la interpretación

Si comprendemos a la semiótica desde la lógica de la tricotomía de Morris<sup>1</sup>, podremos referir que de las tres líneas de la misma: sintaxis (derivada de la relación entre los signos), semántica (propiciada por la relación entre los signos y lo que deben de representar en un contexto específico) y la pragmática (implicada en la interacción del sujeto que interpreta y el signo), los signos están presente -al menos parcialmente- en

cada uno de ellos. La semiosis, según Morris, es el proceso por el cual algo opera mediante un signo o se presenta así al espectador. Bajo esa óptica, la misma semiótica es resultado de una semiosis particular de parte de los semiotistas. Y tal semiosis que configura el ser y el hacer de la semiótica, resulta tan móvil como lo es su objeto de estudio, es decir, los signos mismos.

Si bien todas las ciencias poseen tópicos sobre los cuales dirigirse una y otra vez, conteniendo problemas que no terminan por resolverse, la semiótica presenta

1. Cfr. MORRIS, CHARLES; *Fundamentos de una Teoría de los signos*, Paidós, Madrid, 1985.



**\*Para saber más:**  
 Charles Williams Morris (Denver, 1901- 1979) Filósofo estadounidense. Su obra *Fundamentos de la teoría de los signos* (1938) es el primer proyecto completo de una semiótica. Otras obras a destacar son *Positivismo lógico, pragmatismo y empirismo científico* (1937), *Signos, lenguaje y conducta* (1946), *La significación y lo significativo: estudio de las relaciones entre el signo y el valor* (1964) y *El movimiento pragmático en la filosofía americana* (1970).

—además— una esencia mutable en su objeto de estudio particular. Esta temporalidad que deviene en vigencia parcial de sus contenidos hace de la semiótica una ciencia en constante progreso circular y divergente. La constante adecuación de los signos a lo que están signando y la diversidad de usos desde la unidad cultural que le corresponde al individuo, pasando también por la afluencia de nuevos y distintos hábitos de percepción condicionante, les vuelve renuentes a ser encasillados de forma atemporal en una sola estructura inamovible, unívoca o cerrada. Esta condición supone para la semiótica, una constante diversificación en sus abordajes sobre las también cambiantes formas de producción de los signos, lo cual se abordará a continuación desde una posición cercana a la nominalista.

Contrariamente a las posiciones inmanentistas en la semiótica, Umberto Eco propone una exégesis de la forma y de la profundidad que no añada señales fuera de lo comprensible a lo que está escrito. No se pretende proponer la conexión metafísica del texto con algo que es innombrable y fuera de comprensión, sino que el análisis ha de centrarse —más no reducirse— en el texto mismo. Una evidencia de la postura contraria, serían las excesivas proliferaciones de proyección de parte del lector en un texto cualquiera a partir de sus necesidades. Si bien la conexión o identificación del lector con la obra leída puede ser una pista que permita valorar la capacidad del escritor para darse a entender, no supone que el signo que atribuye el lector sea el pretendido por quien escribió.

Eco se sitúa entre el estructuralismo ontológico y un radical deconstruccionismo, por ello, es observable el carácter de inherencia al lenguaje que otorga a las significaciones del significador ante un significante dado. Sin embargo, el origen o

la estructura desde la cual se fundamenta la creación de tales significaciones no es inmanente de forma pura. Es decir, los constructos a partir de los cuales un significado es producido, están sujetos por las eventualidades que el mismo significador puede pasar por alto. Precisamente, la posibilidad de tal hecho creativo redundante en que exista *algo* que los signos no dicen y que se constituye como el parámetro facultativo de la interpretación.



Eco propone que “el análisis sígnico es la determinación de las dimensiones sintáctica, semántica y pragmática de los procesos específicos de semiosis; es la determinación de las reglas de uso de determinados vehículos sígnicos”.<sup>2</sup> Son tales vehículos sígnicos los que pretenden

2. ECO, UMBERTO; *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Lumen, Barcelona, 2000, p. 94.

unir el signo y lo signado. Sin embargo, es oportuno considerar que para la existencia de un vehículo que pueda transportar algo, siempre es necesaria la existencia del espacio por medio del cual aquello que se transporta ha de transportarse. Si lo que se transporta en el vehículo sígnico es el signo mismo dado a un objeto, hecho o situación, el espacio donde el vehículo transporta ha de presentarse vacío. Centrados en la producción de los signos, ya sea por asociación o equivalencia, el vacío antecedente es requerido para la producción sgnica del significador. Este vacío del que se habla es, por tanto, posibilitador de toda hermenéutica.

El signo es, por tanto, una guía de la interpretación, un mecanismo que parte de un estímulo inicial y conduce a todas las consecuencias deducidas. No hay equivalencia en el signo sino que supone, para el intérprete, una asociación muy deductiva. La enciclopedia sería el universo semántico particular con el que cuenta el intérprete para realizar tal ejercicio de deducción. Más allá de ajustarse a un código pre-establecido, a la manera de equivalencias puntuales como pretendía Kant, para Eco es oportuno referir al campo enciclopédico desde el cual toda interpretación es posible. De tal modo, aún los signos lingüísticos estn cargados de la ineludible función de asociar la palabra con la noción o la imagen. Es por ello que la tarea de la semiótica, y la indagación implícita, se centra en encontrar la estructura formal que est a la base de todo ejercicio deductivo que sostiene la interpretación.

Ahora bien, suele considerarse a la deducción o la inducción como los procesos por excelencia del proceso conclusivo, pero también es posible encontrar la abducción o hipótesis creativa, puesto que toda interpretación supone un contenido

## **La semiótica es posible debido, precisamente, al vacío que se encuentra en la supuesta estructura de la realidad.**

particular que cada individuo posee en sus observaciones sobre lo que le circunda. El elemento creativo de toda interpretación implica la presencia del producto interpretativo. Es ahí donde entra en juego la metáfora, como asociación íntima que conecta lo percibido, el signo dado en lo que se percibió y la interpretación. Para que todo esto sea posible, es afirmativa la presencia de una estructura desde la cual se sostiene todo el proceso, una estructura tan flexible como vacía y que puede referirse como un vacío fértil, del cual me ocupar enseguida.

### **La presencia del vacío sígnico en el ejercicio semiótico**

En su obra *La estructura ausente*,<sup>3</sup> Eco enfrenta el estructuralismo ontológico, cuyo objeto tiende a sustanciar al objeto de investigación, como si existiese por sí mismo en la realidad. Para Eco, las estructuras están conformadas de acuerdo a la visión de aquel que busque darle una forma a lo que observa, tomando elementos socioculturales para ello. Bajo esa perspectiva, no pueden ser los contenidos estructurales desde los cuales se forja la interpretación, no son inmanentes a un conjunto de signos determinados. El código que la cultura impone, permite la procedencia de la elucubración que el intérprete sostiene. Tal código es flexible y transformable históricamente, nunca es fijo y mucho menos esttico o independiente del sujeto social. Los signos son unidades culturales en campos semánticos. La esttica y los elementos argumentativos propios de las retóricas particulares de una cultura, son ejemplos de las líneas de una semiótica de la cultura.

3. ECO, UMBERTO; *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Lumen, Barcelona, 2000, p. 94.

Asimismo, la semiótica tampoco se delimita en códigos verbales, puesto que las imágenes o íconos están también sujetos a la codificación y, por ello, no pueden ser inmanentes. Es posible, entonces, aplicar un análisis semiótico a contenidos no lingüísticos. La estructura que sostiene los signos es ausente, y ése *hueco* es el que posibilita las interpretaciones. La semiótica es posible debido, precisamente, al vacío que se encuentra en la supuesta estructura de la realidad. Desenmascarada de ese modo, la estructura vacía se vuelve fértil en medida que, precisamente, puede ser llenada por las conjeturas, asociaciones, cavilaciones, especulaciones o consecuentes conclusiones que el individuo deduce a partir de su campo enciclopédico.

Desde tal perspectiva, no hay lugar para la inmanencia inmutable a no ser que se le otorgue al vacío mismo, la categoría inmanente bajo el signo de ausencia presencial sobre la cual se legitiman las interpretaciones de lo observado. Visto de ese modo, proponer un carácter inmóvil a las estructuras desde las cuales se conforman los signos, es un acto descortés ante lo multifactorial. De ese modo, la pretensión de inmanencia es para las conclusiones semióticas lo que el totalitarismo para las instituciones sociales. Pretende dar univocidad y uniformidad a la interpretación de la cosa o situación observada. Contrariamente, la significación es siempre temporal en medida que el signo represente algo específico desde la lente del observador.

En su *Tratado de semiótica general*, Eco propone una revisión de la influencia de la cultura y le otorga a la semiótica el grado de disciplina científica. Tal postura ha cuestionado los límites

concebidos de la misma semiótica de acuerdo a la concepción que de ella se tiene usualmente. Por ende, la misma transitoriedad propuesta por Eco para los códigos (en este caso el código de lo que semiótica supone) se revitaliza a sí misma en la contradicción del sistema semiótico imperante.

La contradicción puede hacerse patente no sólo en la interacción entre dos autores, también en un mismo autor en dos momentos distintos de su labor creativa. El mismo Eco hizo patente tal situación cuando escribió con desdén refiriéndose a sus libros previos al *Tratado de semiótica general* lo siguiente: “desde ahora sólo aceptaré discusiones sobre los límites y las posibilidades de la semiótica a partir de estas páginas”.<sup>4</sup> Esto mismo supone la evidencia de la imposibilidad de una inherencia inmutable de ciertos signos en el discurso semiótico. Ahora bien, si consideramos que “un proyecto de semiótica general comprende una teoría de los códigos y una teoría de la producción de signos”,<sup>5</sup> la inmovilidad signica no está presente en lo que respecta a las maneras en que los signos se producen. Es por eso que, sin duda, resulta de vital importancia “delinear una teoría de los códigos que tenga en cuenta las mismas reglas de competencia discursiva, de formación textual, de desambiguación contextual y circunstancial[...] una semántica que resuelva en su propio campo problemas comúnmente adscritos a la pragmática”.<sup>6</sup>

De tal modo, puede asumirse que toda semiótica requiere de un cierto vacío de significado o, al menos, de un significado centrado en una posible mentira. Esto coincide con la siguiente afirmación de Eco:

4. ECO, UMBERTO; *Tratado de semiótica general*, Lumen, Barcelona, 2000, p. 13.

5. *Ibidem.*, p. 17.

6. *Ibidem.*, p. 18.



La semiótica se ocupa de cualquier cosa que pueda considerarse como signo. Signo es cualquier cosa que pueda significarse como substituto significante de cualquier cosa. Esa cualquier otra cosa no debe necesariamente existir ni debe subsistir de hecho en el momento en que el signo la represente. En ese sentido, la semiótica es, en principio, la disciplina que estudia todo lo que puede usarse para mentir.<sup>7</sup>

La misma significación que he pretendido realizar del vacío, entendiéndole como el espacio (no físico) que posibilita la interpretación a partir de la diferencia y mediante la asociación que el observador realiza de lo observado a partir de su campo semántico, es un signo que he establecido partiendo de una afirmación que podría

no ser verdadera, pero que es alternativa al llenar un implícito vacío explicativo.

Toda significación o dotación de signo a cualquier cosa en particular, se relaciona a la interacción de tal signo con el resto de la cultura. Tal como en el ejemplo hjelmsleviano de la pieza del ajedrez, en la que el movimiento de una figura supone una alteración del sentido del juego en todo el tablero, la modificación cultural sobre un código específico altera la semiosis consecuente. Por tanto, se entiende que:

A la falta de descripción de un Sistema Semántico Universal (un sistema que formule una visión del mundo, por tanto, una operación imposible, porque una visión global del mundo, con la interconexión de sus manifestaciones periféricas, cambia continuamente),

---

7. *Ibidem.*, p. 22. *Ibidem.*, p. 135.

**\*Para saber más:** Louis Trolle Hjelsmlev (1899 - 1965) fue un lingüista danés, fundador y maestro indiscutible del Círculo Lingüístico de Copenhague fundado en 1931. Colaboró con Hans Jørgen Uldall en el desarrollo de la *glosemática*, dedicada al estudio de los glosarios con un enfoque científico similar al del cálculo matemático.

hay que postular los campos semánticos como instrumentos útiles para explicar determinadas oposiciones con el fin de estudiar determinados conjuntos de mensajes.<sup>8</sup>

Lo anterior corrompe la pretensión de universalizar los significados o inyectarles un carácter de inmutabilidad e inmanencia inmutable. El significado es una unidad semántica colocada en un espacio preciso dentro de un sistema semántico. La denotación debe su fuerza a una unidad cultural a la cual pertenece el individuo. La connotación que es consecuente de la denotación puede ser también más estable en medida que el campo semántico y cultural del cual es derivación, se mantenga perdurable, al menos como consecuencia del vacío de referentes alternativos.

Louis Trolle Hjelsmlev asumía que la presencia de un signo se hace evidente no por su concordancia con el contenido signado sino por su diferencia. Es lo que Jacques Derrida denominó la *différance* y que es necesaria para comprender la equivalencia, más no igualdad, entre dos cosas comparables. Eco enfatizó, sin embargo, que “la prueba de la existencia del signo radica en el hecho de que se pueda asignar un contenido a una expresión y no en el de que exista o no conformidad entre los dos planos”.<sup>9</sup> De tal modo, el signo existe como posibilidad de conformidad sin importar su uso específico y palpable. Siendo así, el signo está presente en función de que intenta significar y no por la adecuación de sí a lo significante.

En esa tónica, aún cuando el signo no sea acorde al contenido del que busca ser expresión, existió como signo a partir de la posibilidad de ser signo. Es decir, la

equivocidad del signo no implica su desaparición. Por ejemplo, en mi explicación signica sobre el vacío fértil que posibilita el ejercicio semiótico, se observa la pretensión de referirle como el concepto que llena el vacío antecedente al cual intento sustituir paradójicamente con la idea de vacío. Mi referente de vacío, o especie de signo de vacío, no supone forzosamente que el vacío (no conceptual) haya sido sustituido pues ningún signo es lo signado, y no hay forma de dotarle de auténtica veracidad, tal como no sucede con ninguna expresión dicha en ningún sentido. De ser así, el sistema mismo se vuelve paradójico, puesto que si no se explica a partir del vacío a *aquello* que permite la significación, entonces, tal vacío continúa y podría ser descrito con otra forma signica.

Ahora bien, si se considera que el contenido nunca es idéntico a la expresión con la que se le refiere, entonces los signos son el inicio de la incomunicación perpetuada, a partir de la cual se funda en la distorsión toda interacción humana. La perpetuidad de tal distorsión en la vida de todo individuo, está facultada no en la adecuación del signo a lo signado sino en la condición que provoca en el hombre ser un ente capaz de significar. Precisamente, la posibilidad de la significación se puede atribuir al vacío siempre presente entre el contenido y el signo. De tal manera, la tesis de Eco aparece (al menos desde el parámetro significador que se ha expuesto) correcta.

El lector de un texto estético tiene por misión “llenar los vacíos semánticos”, así como “reducir la multiplicidad de lo sentidos” y “escoger sus propios recorridos de lectura”,<sup>10</sup> de tal modo que “el reajuste estructural constituye uno y quizás el más

8. *Ibidem.*, p. 135.

9. *Ibidem.*, p. 143.

10. *Ibidem.*, p. 384.



importante de los contenidos que el texto transmite”.<sup>11</sup> El lenguaje está íntimamente unido a la personalidad del individuo que lo utiliza.

### La imposibilidad del carácter inmutable de la inmanencia en la semiótica

Para Carnap,<sup>12</sup> los símbolos de la sintaxis podrían llamarse designadores. Estos cumplen, a la vez, la cualidad de ser el refractario en el que se depositan las entidades que ellos designan. La intensión entendida como intensidad de un nombre, consiste en un concepto individual; la extensión es el objeto designado mediante el nombre. La justificación que se tenga sobre los motivos que produjeron la designación no está siempre al alcance de quien designa. Los motivos de la designación pueden ser diferentes a las causantes de la interpretación. Es por ello que, tal como menciona Hjelmslev: “el lenguaje -el habla humana- es una fuente inagotable de tesoros múltiples”.<sup>13</sup> Lo que otra persona dice puede producir significados alternos en quien le escucha o lee. No hay univocidad en el terreno de la interpretación. La inmanencia no mutable pertenece al mismo carácter de la mutabilidad que el antecedente vacío sígnico permite.

Por lo expuesto hasta ahora, se entiende que no es suficiente un análisis semiológico de lo que se presenta al individuo, sino que es oportuna una revisión de los aspectos que potencian el cambio, la tergiversación, la modificación, distorsión o disonancia de lo significado. De tal manera, refiere Hjelmslev que “la meta-semiología debe, por tanto, dirigir su interés, no al lenguaje

ya descrito por la semiología, que la semiología usa sino a la eventuales modificaciones o las adiciones que ésta ha introducido en él para producir su jerga especial”.<sup>14</sup>

La inmanencia es una categoría implícita en aquello que es consistente consigo de forma independiente a lo demás. Bajo esa premisa, el hombre no es un ser inmanente en cuanto que su misma “interioridad” ha sido un producto de su cultura o, al menos, ésta ha repercutido impidiendo -con ello- la supuesta independencia. Del mismo modo, así como no hay posibilidad de evitar el influjo de la colectividad, “el signo lingüístico está fuera del alcance de nuestra voluntad”.<sup>15</sup> Debido a que el lenguaje ha sido heredado, no se cuenta con la posibilidad de innovar lingüísticamente dada la inercia colectiva. Es por ello que “se puede hablar a la vez de mutabilidad y de la inmutabilidad del signo”.<sup>16</sup> Es inmutable en cuánto que así es concebido en el instante en que se utiliza y es mutable, precisamente, a partir del momento inmediato posterior. Es por ello que la inmanencia de un signo no puede considerarse inmutable.

La inmanencia no necesariamente se opone a la trascendencia de un signo sino que, en un sentido más específico, es contraria a su transitoriedad. Por ello, al reconocer la modificación que en el intérprete tienen los signos que el autor utiliza, se asume que el ejercicio interpretativo es móvil, nunca unívoco. La inmanencia supone la ruptura con la contingencia. Bajo esa premisa, los signos no son inmanentes puesto que requieren de su validación colectiva, aunque tal pueda ser involuntaria. Asimismo, el lenguaje es contingente a quien lo utiliza y no tiene carácter inma-

11. *Ibid.*, p. 379.

12. Cfr. CARNAP, RUDOLF; *La construcción lógica del mundo*, UNAM, México, 1988.

13. HJELMSLEV, LOUIS; *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Gredos, Madrid, 1971, p. 11.

14. *Ibid.*, p. 169.

15. SAUSSURE, FERDINAND; *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1945, p. 97.

16. *Ibid.*, p. 100.

**El signo es inmanente en cuanto signo, pero su permanencia social reside -paradójicamente- en su pérdida de inmanencia. Bajo esa lógica, la semiótica es siempre cambiante bajo la premisa de que su objeto de estudio lo es.**

nente desde la lógica construccionista en la que todo signo se ha gestado en la historia, aun cuando tal linealidad perpendicularizante sea incontenible por la comprensión. Del mismo modo que el postulado de Karl Jaspers,<sup>17</sup> quien consideró inmanente lo interior en el hombre, el inmanentismo del signo es ficticio debido a su carácter siempre relacional. La triada del signo, significante y significador expuesta por Saussure, no permite la individuación del signo, al menos en cuanto a su origen se refiere. Lo inmanente no persiste como conjunción, sino como unicidad. Bajo esa plataforma connotativa se admite, por tanto, la imposibilidad de la inmanencia en

la semiosis y, más importante aún, en las conclusiones semióticas.

Cuando Eco propone una semiótica de la cultura, es congruente con el carácter no inmanente de la semiótica misma. La movilidad de la cultura, así como sus constantes alteraciones o permanencias fortuitas, es un elemento insustituible del cual surge el signo y que rompe con el molde de su inmanencia incontingente.

Si se considera que el mundo real radica en la conciencia humana, se admite que el conocimiento no tiene intermediación. Sin embargo, en función a validaciones empíricas se puede asumir que la intermediación está siempre presente en el

17. Cfr. JASPERS, KARL; *Filosofía*, Revista de Occidente, Madrid, 1970.

Instituto de Filosofía, A.C.

REVISTA

**PIEZAS**

en diálogo filosofía y ciencias humanas

**Informes sobre suscripciones**

Tel. (33) 36 31 09 34/43 ext. 1102

revista.piezas@if.edu.mx  
www.if.edu.mx

análisis semiótico, precisamente, porque el signo desempeña el rol de mediador entre el semiólogo y lo signado. De tal manera, aprobar la imposibilidad de la inmanencia desacredita propiamente la herramienta fenomenológica, según la cual el fenómeno se basta a sí mismo y el sujeto que observa se convierte en autónomo ante el suceso que se arroja a sus sentidos. Asumir de forma desmedida el inmanentismo de la conciencia acerca al individuo, es una actitud solipsista, tal como sucede con el postulado de la inmanencia gnoseológica de Schubert-Soldern,<sup>18</sup> para quien toda la realidad concebida radica en el yo. Contrario a eso, todo juicio se propicia a partir de los elementos parciales en los que se sostiene, de tal modo que no hay juicio inmanente ni hay signo que exista por sí mismo de forma no contingente. Bajo tal argumento, la semiótica es posible debido a la imposibilidad de fundamentar unívocamente una teoría de la significación cuyo contenido significativo no sea mutable.

El signo es inmanente en cuanto signo, pero su permanencia social reside –paradójicamente– en su pérdida de inmanencia. Bajo esa lógica, la semiótica es siempre cambiante bajo la premisa de que su objeto de estudio lo es.

## Conclusión

Más que rechazar la inmanencia como punto de partida de la semiótica, hemos de revalorarla bajo un contexto más amplio. Es básico comprender que el lenguaje es sólo un modo sígnico, pero que el trabajo semiótico no es inherente ni exclusivo al lenguaje. Es ahí donde entra en juego la dia-

léctica irrenunciable del signo y la cultura o, en otro modo de decirlo, de la elaboración subjetiva y del entorno colectivo que la nutre. El hombre utiliza los signos para preñar de sentido al vacío fértil. A la vez, el vacío entre el signo y lo signado favorece la aparición de nuevas formas de conexión a partir de signos distintos o connotaciones diversas sobre los términos lingüísticos.

La modificación perceptiva y clasificadora a partir de categorías distintas sobre lo que se observa, es posible en función de la presencia no visible (pero sí intuible) del vacío que une (al separar) el signo y los campos semánticos que favorecen la expresión de aquello de lo que la expresión misma se vuelve refractario sostenedor. Lo que Davidson<sup>19</sup> llamó “principio de caridad interpretativa” promueve una disposición comprensiva cuando se dialoga con un interlocutor que se expresa desde formas y convenciones que representan un vacío para el oyente. De este modo, considerar que la construcción que el otro hace tiene una lógica constructiva desde su cosmovisión, es el centro de la propuesta de Davidson, a la cual es posible adherirse tras lo expuesto anteriormente.

El semiotista, a la vez constructivista y con intenciones de fenomenólogo, puede continuar con su trabajo aún sin la pretensión de una inmanencia inmutable, bajo la condición de que reconozca que el carácter mismo de su labor, está sujeta a la vinculación con el vacío que supone el cambio de sus apreciaciones sensibles, de su mundo perceptivo y de su posterior campo semántico a través de su unidad cultural referente, siempre móvil y cambiante.

18. Cfr. SHUBERT-SOLDERN, RICHARD; *Über Transzendenz des Objekts und Subjekts*, Fues, Leipzig, 1882.

19. Cfr. DAVIDSON, DONALD; *Subjective, Intersubjective, Objective*, Oxford University Press, Oxford, 2002.